

# SE COMPRAN Y VENDEN METALES VIEJOS

Bertolt Brecht

Revisión de José R. Gilot.

Fuente:

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
DE INFORMAC. Y DOCUMENTAC.  
Universidad de Puerto Rico



Maquetación y edición:

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2013



*SE COMPRAN Y VENDEN METALES VIEJOS* (también traducida como *¿Cuánto cuesta el hierro?*), es una obra escrita en Suecia en el año 1939, con intención propagandística y didáctica a un tiempo.

Desde su intención de propaganda, apunta a atraer adeptos hacia dos posiciones muy relacionadas entre sí.

La primera de estas plantea que la neutralidad sueca -ante lo que ya se perfilaba como una segunda guerra mundial- implicaba la complicidad de este país con la Alemania nazi de Hitler, siendo favorable a que se desate la guerra, por ser proveedora de una materia prima indispensable para el rearme alemán: el hierro.

La obra da a entender que Suecia sostenía su neutralidad por ambición económica -a partir de creer que podía mantenerse fuera del conflicto armado-, y que su posición "teórica" de alegar por la paz no se condescendía con su política internacional.

La segunda posición que intenta propagar es, prácticamente, una advertencia; dice que el mantenimiento de la soberanía y la ventaja económica que Suecia obtenía con el rearme alemán y la posible guerra que se avecinaba, no pasaban de ser una ilusión que, más tarde o más temprano, se derrumbaría sobre la misma Suecia en la forma de un sometimiento de este país a las ambiciones del Reich. En otras palabras, que la pena de la historia por no tomar partido a favor de poner un freno al expansionismo alemán en Europa consistiría en convertirse en víctima del monstruo que no sólo se dejó crecer, sino que se alimentó.

En cuanto a la característica didáctica de la obra, consiste en una alegoría. Los personajes representan a otros tantos países europeos:

- |  |                 |
|--|-----------------|
| Svendson, el dueño del comercio de hierro:   | Suecia.         |
| El Vendedor de Cigarros "Austrillos":        | Austria.        |
| El Cliente, o "El Fulano", encarna a la      | Alemania Nazi   |
| La Vendedora de Zapatos "Señora Checa":      | Checoslovaquia. |
| El Caballero (Señor Britt), simboliza a      | Gran Bretaña.   |
| Y la de la Dama (Gala), es representación de | Francia.        |

La obra, dividida en cuatro escenas (más un prólogo), se divide en dos tiempos. Uno, que abarca 1938 y parte de 1939, es tiempo que ya pasó: la anexión de Austria, la de los territorios sudetes y la eliminación de la República checoslovaca. Todo ello sucedió antes del 2 junio de 1939, fecha en que Brecht terminó de escribir la obra. Comprende las tres primeras escenas.

El cuarto y último acto, muy breve, corresponde al tiempo futuro. En el almanaque de la tienda se lee un año no determinado -19??-

Con el final de la obra se pretende suscitar en el espectador la idea de que Suecia debería abandonar su pretensión de neutralidad, para sumarse a Gran Bretaña y Francia en una oposición concreta a la política guerrera de Alemania, so pena de convertirse en una víctima más del Reich, ante una guerra que ya se adivinaba.<sup>1</sup>



### ***PERSONAJES:***

SVENDSON  
EL CLIENTE  
EL CIGARRERO  
LA ZAPATERA  
EL CABALLERO  
LA DAMA

---

<sup>1</sup> Para saber más: <http://www.ficciones.com.ar/Critica/brecht-1.htm>

*A telón corrido sale Svendson, un hombre como de cincuenta años, delgado, estatura promedio y pelo canoso y barba rala. Viste pantalón y chaleco de Mahón azul bastante raídos, así como una camisa a cuadros vieja y desteñida. En el chaleco había un reloj de oro. Lleva espejuelos circulares de borde dorado, que dan a su rostro el aspecto de un búho asustado por la luz. A pesar del trabajo y los años, o tal vez por ambas cosas, se conserva eriguido y tiene ademanes, voz y andar seguros.*

SVENDSON:

Respetable público aquí presente, permitidme, por esta vez siquiera, que como verdadera os narre esta parábola que oyera de boca de un inglés. Fue en uno de esos cafés al aire libre donde dos estudiantes, elocuentes, estudiosos fervientes de las preocupaciones de las gentes diéronse a discutir con el inglés que ya os he aludido. Pese a que argumentaron y empujaron el codo, no llegaron a un acuerdo final, por lo que optaron reunirse allí otra vez. Y por eso el inglés al día siguiente expresó su opinión en esta historia que aún hoy a mi memoria vuelve. Una enseñanza meritoria tiene, como veréis.

Los personajes son gente del pueblo de claras intenciones, sin dobleces; aunque... *(Pausa)* en verdad a veces... ¡lo dudéis!... pero sed nuestros jueces. Perdonad, esta vez mi impertinencia. *(Saca el reloj de oro del chaleco)*.

Hora es de concluir con este aviso, que si luego nos vemos... *(Se escucha el ruido de un tren y su campana que se acercan)*... tal vez ya... *(Pausa. Con decisión)* ¡Comencemos! Señoras y señores, con permiso.

*(Hace mutis)*

## La ESCENA

*Un negocio dedicado a la venta de hierro, con una mesa y una puerta, ambas de madera.*

### ESCENA I

*Sobre la mesa se han apilado barras de hierro, que el dueño del negocio está lustrando con un paño. Sobre un caballete un gigantesco almanaque marca el año 1938. Entra, con una caja de cigarros bajo el brazo, el cigarrero.*

EL CIGARRERO:

Buenos días, señor Svendson. ¿Quiere tabaco? ¡Son excelentes cigarros a treinta centavos la pieza! ¡Legítimos Austrillos!

SVENDSON:

Buenos días, señor Austríaco. ¡Veamos! ¡Ummm.! ¡Qué aroma ¡tienen estas hojas! Usted ya sabe que tengo pasión por los cigarros, pero el negocio no anda como yo quisiera. Eso significa que debo fumar un poco menos. No, hoy no puedo comprarle. No estoy en situación. No lo tome a mal, señor Austríaco. Quizá la próxima vez.

EL CIGARRERO:

Es una pequeña decepción para mí; pero comprendo perfectamente. *Recoge su mercadería.*

SVENDSON:

¿Fue agradable el viaje, señor Austríaco?

EL CIGARRERO:

No tan grato, señor Svendson. Lamentablemente, su tienda está un poco retirada.

SVENDSON:

¿Qué mi tienda está retirada? ¡Es la primera vez que oigo eso!

EL CIGARRERO:

En realidad, es la primera vez que lo advierto. Todos nosotros vivimos un poco apartados. Pero hoy tropecé con un hombre en el camino hacia aquí, y esa persona me produjo una impresión muy extraña.

SVENDSON:

¡Caramba! ¿Le han faltado el respeto?

EL CIGARRERO:

No, no se trata de eso; más bien fue lo contrario. El hombre me habló como si fuéramos viejos conocidos. Me llamó por mi nombre de pila y me explicó que somos parientes. Yo le dije que hasta ese momento desconocía el parentesco. “¿Cómo? ¿Qué no lo sabías?”, exclamó él y me miró con desdén. Luego me explicó con lujo de detalles el grado de parentesco que había entre nosotros. Y mientras más hablaba, más parientes éramos.

SVENDSON:

¿Y eso le parece tan terrible?

EL CIGARRERO:

No, pero dijo que pronto iría a visitarme.

SVENDSON:

¡Pero usted lo dice como si se tratara de una amenaza!

EL CIGARRERO:

Las palabras en sí no tenían nada de particular, ¿sabe? Dijo que él se reconocía un defecto y era el de tener un colosal sentido de familia. Que cuando descubría algún parentesco con alguien, ya

no podía vivir sin ese alguien.

SVENDSON:

¡Pero esas palabras no tienen nada de desagradables!

EL CIGARRERO:

No, pero gritaba tanto al pronunciarlas...

SVENDSON:

¿Y eso le asustó?

EL CIGARRERO:

A decir verdad, mucho.

SVENDSON:

¡Pero hombre, si está temblando! ¡Como un azogado!

EL CIGARRERO:

Es que pienso en él.

SVENDSON:

Son los nervios. Usted debería vivir aquí en la altura, en este aire puro.

EL CIGARRERO:

Quizá. Lo único bueno es que, por lo visto, no estaba armado. De no ser así estaría realmente preocupado. Bueno, todos tenemos que soportar nuestra cuota de preocupaciones, y en eso nadie puede ayudarnos.

SVENDSON:

No.

EL CIGARRERO:

Otra cosa que me llamó la atención fue que, al separarnos, me propuso un pacto: él nunca hablaría en contra de mí, ni yo en contra de él.

SVENDON:

¡Pero eso suena como una cosa perfectamente justa! Es una absoluta reciprocidad.

EL CIGARRERO:

¿Le parece? (PAUSA) Quizá me convenga tener algún arma.

SVENDSON:

Sin duda. Eso nunca está de más.

EL CIGARRERO:

Lamentablemente, las armas son caras.

SVENDSON:

Así es.

EL CIGARRERO:

Bueno, adiós, señor Svendson.

SVENDSON:

Adiós, señor Austríaco.

*El cigarrero parte. Svenson se pone de pie y practica gimnasia sueca con una de sus barras al compás de una música muy aburrida.*

*Entra un cliente. Viste un traje que le cae muy mal.*

EL CLIENTE: (Con voz ronca).

¿Cuánto cuesta ese *metal*? (Señala una barra de hierro).

SVENDSON:

Un peso la barra.

EL CLIENTE:

Caro.

SVENDSON:

Yo también tengo que vivir.

EL CLIENTE:

Ajá.

SVENDSON:

Su cara me resulta conocida.

EL CLIENTE:

Usted conoció a mi hermano. Venía con frecuencia por aquí.

SVENDSON:

¿Cómo está él?

EL CLIENTE:

Murió. Me dejó su tienda.

SVENDSON:

¡Cuánto lo lamento!

EL CLIENTE:

(Amenazador) ¿De veras?

SVENDSON:

Por supuesto, al decir que lo lamentaba no me refería al hecho de que usted haya heredado el negocio, sino a la muerte de su hermano. (PAUSA)

EL CLIENTE:

Por lo visto, usted era muy amigo de él.

SVENDSON:

No tanto. Era simplemente un buen cliente.

EL CLIENTE:

y ahora el cliente soy yo.

SVENDSON:

A sus órdenes. Supongo que usted llevará también dos barras, como su hermano.

EL CLIENTE:

Cuatro.

SVENDSON:

Son cuatro pesos.

EL CLIENTE: (*Extrae de sus bolsillo un par de billetes y los entrega vacilante*):

Están un poco manchados. Son manchas de café. ¿Tiene inconveniente en recibirlos?

SVENDSON:

(*Observando los billetes*): Pero esto no es café.

EL CLIENTE:

¿Y qué es?

SVENDSON:

Es algo rojizo.

EL CLIENTE:

Entonces debe ser sangre. (*Pausa*) Me corté un dedo. (*Pausa*) ¿Quiere, o no quiere ese dinero?

SVENSON:

No creo que tenga problemas para desprenderme de ellos.

EL CLIENTE:

No. Ningún problema.

SVENSON:

Entonces eso está arreglado. (*Guarda los billetes en la caja, mientras el cliente se pone las barras bajo el brazo. Luego prosigue hablando con tono ligero*): Acabo de recordar algo. Hace un rato anduvo por aquí un cigarrero a quien conozco desde hace

mucho tiempo. Se quejó de que en el camino hacia aquí lo había detenido e importunado un desconocido. ¿Encontró usted a alguien que lo importunara?

EL CLIENTE:

No. A mí no me ha importunado nadie. Tampoco me habló nadie, cosa que me sorprendió bastante. Por lo visto, su cigarrero es un mentiroso de la peor especie.

SVENDSON: (*Molesto*)

No, no diga eso.

EL CLIENTE:

El mundo está lleno de mentirosos, ladrones y asesinos.

SVENDSON:

Yo no opino como usted. Esa persona parecía estar sinceramente preocupada. Hasta me pregunté si no sería conveniente cederle una barra de hierro, para que en caso necesario pudiera defenderse.

EL CLIENTE:

Yo no le aconsejaría que haga una cosa así. La gente de la región podría molestarse al ver que usted arma gratuitamente a cualquiera. Le digo que son unos ladrones y asesinos. Y mentirosos. Créamelo: lo mejor que puede hacer usted es evitar que lo supongan mezclado en cualquier pleito, en lugar de vender en paz todo ese metal viejo. Yo se lo digo como pacifista que soy. ¡Nada de poner armas en las manos de esa gente! Son unos muertos de hambre, y cuando un tipo hambriento tiene un arma en la mano...

SVENDSON:

Entiendo.

EL CLIENTE:

Entre paréntesis: ¿No existe algún parentesco entre nosotros?

SVENDSON: (*Sorprendido*):

¿Entre nosotros? ¿Qué clase de parentesco?

EL CLIENTE:

No, me parecía. Por los bisabuelos o algo así.

SVENDSON:

Creo que está equivocado.

EL CLIENTE:

Pues bien, me voy. Ese metal es bueno. Lo necesito. Por caro que sea. ¡Qué le vamos a hacer!... Si lo necesito... ¿No sabe si bajará de precio?

SVENDSON:

Lo dudo. (*El Cliente se vuelve hacia la puerta. El estómago le gruñe*) ¿Hablaba usted?

EL CLIENTE:

¿Yo? No. Es mi estómago. Se me revuelven las tripas y estoy en ayunas. Durante un tiempo comí demasiado.

SVENDSON: (*Ríe*)

¿Ah sí? (*El Cliente parte. Svensdon habla por teléfono*). ¿Eres tú, Dansen? ¿Sabes? Hoy vino un cliente nuevo por aquí... ¿Ah, sí? ¿De modo que a ti también te visitó? Aquí hizo una compra... ¡Ah, a ti también te compró! Bueno, mientras pague no tendré nada en contra de él... Por supuesto que tú tampoco tendrás nada en su contra mientras te pague.

**OSCURO**

## ESCENA II

*El almanaque del comercio de hierro marca el año 1939. Entra con una caja de zapatos bajo el brazo una zapatera.*

LA ZAPATERA:

*(Que de tanto en tanto mira en derredor, como atemorizada):*

No es para sorprenderse. ¿Ha oído usted la terrible historia del cigarrero?

SVENDSON:

¿Qué historia?

LA ZAPATERA:

Pues en plena carretera asaltaron a un cigarrero, un tal Austríaco, le robaron la mercadería y lo mataron.

SVENDSON:

¡Pero qué me dice usted! ¡Es espantoso!

LA ZAPATERA:

La gente de los alrededores no habla de otra cosa. Quieren formar un cuerpo policial. Todos tienen que intervenir. Usted también debería hacerlo, señor Svendson.

SVENDSON: *(Incómodo):*

¿Yo? Eso es imposible. Yo no creo ser la persona más indicada para servicios policiales, señora Checa. No tengo la menor disposición. Por otra parte, mi negocio no me deja tiempo libre.

LA ZAPATERA:

El hombre que asaltó al cigarrero tiene que estar bien armado. Yo también quiero llevar un arma encima. Estoy realmente asustada. Por favor, envíeme una barra de esas, señor Svendson.

SVENDSON:

Encantado. Con todo placer, señora Checa. Esta barra vale un peso.

LA ZAPATERA: (*Revisa su monedero*):

Tiene que haber un peso aquí.

SVENDSON:

Le tiemblan las manos, señora Checa.

LA ZAPATERA:

Aquí está. (*Extrae la corona*). En el camino hacia aquí se me acercó un hombre y me ofreció protección. Eso me alarmó muchísimo.

SVENDSON:

¿Y por qué?

LA ZAPATERA:

¿Sabe lo que pasa? Entre la gente que conozco no tengo un solo enemigo. Ese hombre era el único desconocido y él, precisamente, se ofreció a ir a mi casa para protegerme, según dijo. Es inquietante. ¿Usted no se siente amenazado?

SVENDSON:

¿Yo? No. Conmigo tienen que estar todos en buenas relaciones, porque todos necesitan de mi negocio en estos tiempos tan inseguros, ¿comprende? Aún cuando todos se agarren a golpes, se verán obligados a respetarme. Porque necesitan metales, hierro, cobre...

LA ZAPATERA:

Sí, usted tiene suerte. Adiós, señor Svendson. (*Se va*)

SVENDSON: (*Mientras ella se aleja*):

¡Hasta pronto, señora Checa! ¡Le enviaré la barra! (*Se pone de pie y hace nuevamente gimnasia sueca al compás de una música muy aburrida. Entra EL CLIENTE. Lleva algo oculto bajo el abrigo*).

EL CLIENTE:

¿Cuánto cuesta el hierro?

SVENSON:

Un peso la barra.

EL CLIENTE:

¿Aún no lo ha rebajado? Démelas.

SVENDSON:

¿Otra vez cuatro barras?

EL CLIENTE:

No, ocho.

SVENDSON:

Son ocho pesos.

EL CLIENTE:

(Lentamente): Quisiera hacerle una proposición, teniendo en cuenta el hecho de que tenemos cierto parentesco.

SVENDSON:

¡Bueno, que yo sepa, mi estimado...!

EL CLIENTE:

Aunque no lo sepa, no importa. Le propongo que a partir de ahora iniciemos un nuevo tipo de transacciones; que pasemos al trueque: mercadería por mercadería. Estoy seguro de que usted fuma cigarros. Bueno, aquí tiene cigarros. (*Saca a relucir una caja con grandes cigarros*). Se los puedo dejar muy baratos, porque a mí no me costaron nada; los heredé de un pariente. Y yo no fumo.

SVENSON:

Usted no fuma. Usted no come. Usted no fuma y éstos son unos Austrillos.

EL CLIENTE:

Cuestan diez centavos la pieza. Eso equivale a diez pesos la caja; pero yo se los dejo a ocho, es decir al precio de sus barras de metal ¿De acuerdo?

SVENDSON:

Yo conocí al cigarrero. ¿Cómo murió?

EL CLIENTE:

Serenamente, hombre, serenamente. En la paz y el silencio. Era un hombre pacífico. Un buen día me llamó, y luego Aguel que está arriba lo llamó. Fue una cosa muy rápida. Sólo alcanzó a decir: "Hermano, no permitas que el tabaco se seque". Y se fue. Había colgado una corona en la puerta, para darme la bienvenida; yo dejé esa misma corona sobre su tumba. (*Se enjuga un lágrima. Al hacerlo se le cae un revólver de la manga. Lo guarda apresuradamente*). Ha dejado un mundo terrible. Un mundo en el que todos desconfían de todos. Un mundo de asaltos, de inseguridad en las calles. En los últimos tiempos yo mismo llevo un arma encima; claro está, que va descargada. Sólo para asustar.. ¿Qué opina usted del asunto de los cigarros?

SVENDSON:

No puedo darme el lujo de fumar cigarros. Si me comprara algo, serían unos zapatos.

EL CLIENTE:

No tengo zapatos para vender; tengo cigarros. Y necesito el hierro.

SVENDSON:

¿Pero para qué necesita usted tanto metal?

EL CLIENTE:

¡Oh, los metales, cobre, hierro son... siempre útiles!  
(*Su estómago vuelve a lanzar un gruñido de hambre*).

SVENDSON:

Quizá le conviniera más comprarse algo para comer.

EL CLIENTE:

Eso ya llegará. Eso ya llegará. Ahora tengo que irme; veo que amenaza lluvia y llevo un traje de lana sintética inventada por mí, que no soporta la lluvia. ¿No le interesaría un fardo de esta magnífica tela a cambio de todo ese cobre y...

SVENDSON:

Bueno, aceptaré sus cigarros Austrillos. Mi negocio no marcha tan bien como yo quisiera.

*(Toma la caja)*

EL CLIENTE: *(Ríe burlón y carga las ocho barras bajo el brazo).*  
¡Adiós, señor Svendson!

SVENDSON: *(Habla por teléfono, mientras fuma un austrillo):*

¿Eres tú, Dansen? ¿Qué opinas de los últimos acontecimientos?... Sí, yo digo lo mismo. No digo nada... ¡Ajá! ¿Con que tú también tratas de pasar inadvertido? Sí, yo también he tratado de pasar inadvertido... ¿De modo que tú también le vendes? Sí, yo también le vendo... ¿Ah, sí? De modo que tú tampoco te inquietas? Sí, yo tampoco me inquieto.

O S C U R O

## ESCENA III

*El almanaque del negocio de venta de metales señala febrero de 1939. Svendson está sentado, fumando un austrillo.  
Entran una dama y un caballero.*

EL CABALLERO:

Estimado señor Svendson, la señora Gala y yo querríamos celebrar una pequeña conferencia con usted, si es que dispone de tiempo.

SVENDSON:

Señor Britt, puede estar seguro de que en todomomento estoy a disposición de mi cliente más importante.

*El caballero y la dama se sientan.*

EL CABALLERO:

Se trata del horrible asalto a la señora Checa.

SVENDSON:

¡Cómo! ¿Asaltaron a la señora Checa?

EL CABALLERO:

Anoche, nuestra vecina, la señora Checa, fue asaltada, asesinada y robada por un hombre armado, el Fulano.

SVENDSON:

¿Qué? ¿La señora Checa muerta? ¿Cómo pudo ocurrir?

EL CABALLERO:

Sí. ¿Cómo? Nosotros también estamos muy alterados y aún no podemos convencernos. La señora Gala, sobre todo, era muy amiga de ella. Anoche oímos repentinamente sus gritos de auxilio. La señora Gala corrió a mi casa, y estuvimos deliberando du-

rante horas sobre lo que podría ocurrirle. Luego fuimos a casa de la desdichada y la hallamos en violenta discusión con Fulano. Él le exigía algo que, presuntamente, pertenecía a uno de sus parientes. Nosotros le aconsejamos que se lo entregara si a cambio de eso él le prometía dejarla tranquila en el futuro. Ella aceptó y le dio su palabra. Pero, por lo visto, regresó más tarde y asesinó a la pobre.

LA DAMA:

Por supuesto, nosotros jamás la habríamos dejado sola si no hubiéramos confiado en la palabra que él empeñó.

EL CABALLERO:

Ahora se trata de formar una liga vecinal que se encargue de evitar la repetición de esos sucesos. Queremos saber si usted está dispuesto a intervenir en esa liga para el mantenimiento del orden y si quiere asentar su nombre en la lista.

*Le ofrece una lista.*

SVENDSON: *(La recibe vacilante e intranquilo):*

Está bien, pero esto no es más que una pequeña tienda para la venta de metales viejos. No puedo mezclarme en las disputas de las grandes firmas. Mi ingreso en un tipo de liga como ésa podría molestar a algunos de mis clientes.

LA DAMA:

¿De modo que lo que usted quiere es vender cobre, hierro, sin importarle a quién sea?

SVENDSON:

¡De ningún modo! ¿Cómo puede decir semejante cosa? Creo que tengo tanta conciencia como usted. Lo que ocurre es que no tengo un ánimo belicoso, ¿comprende? Ni siquiera pienso en mi negocio. Pero hagamos un poco más grata esta charla.

*(Al Caballero):* ¿Fuma usted?

EL CABALLERO: (*Contempla los cigarros*):

¡Austrillos!

LA DAMA:

Agradeceré a los señores que no fumen.

SVENDSON: (*Irritado, guarda su caja de cigarros*):

Discúlpeme.

EL CABALLERO:

Usted hablaba de su conciencia, señor Svendson.

SVENDSON:

¿Ah, sí? Sí, naturalmente. Les diré que cualquier acto de violencia me repugna. Desde los últimos acontecimientos no puedo pegar los ojos. En realidad, sólo fumo tanto por el estado de nervios en que me encuentro, madame.

LA DAMA:

¿De modo que no rechaza de plano la idea de una liga contra la violencia?

EL CABALLERO:

Estamos convencidos de que su punto de vista es puramente teórico. Estoy seguro de que usted no vende todos esos escombros de hierro a Fulano porque simpatice con su conducta.

SVENDSON:

De ninguna manera. La condeno.

EL CABALLERO:

¿Y usted no se considera pariente de Fulano, como él va pregonando?

SVENDSON:

En absoluto.

EL CABALLERO:

Usted vende, simplemente, porque se le paga y venderá mientras se le pague.

SVENDSON:

Así es.

EL CABALLERO:

¿Y considera que Fulano no necesitará más de esos “metales” si usted ingresara en nuestra liga pacifista, en una liga que le garantizaría la seguridad a usted y a todos?

SVENDSON:

Por supuesto que fulano necesita mi cobre, pero... (titubea)  
Realmente no sé qué fabrica con él...

LA DAMA: *(con tono amable)*:

Ametralladoras.

SVENDSON: *(Ignorando la observación)*:

Como les decía, lo ignoro; pero supongo que tendría que seguir comprándome. Ahora bien, como ya les he dicho, una negativa podría molestarlo, ¿comprenden?, y yo soy pacífico por naturaleza. Para ser franco, lo espero de un momento a otro y preferiría que él no los encontrara aquí. Porque es tremendamente sensible y se ofende fácilmente. Por eso les rogaría que...

*(Entra El Cliente, llevando un paquete bajo el brazo).*

EL CLIENTE:

¿Cuánto cuesta? *(señala las barras)*.

SVENDSON:

Un peso la barra.

EL CLIENTE.

¡Ah!, por lo visto están de reunión. ¿Amigos suyos, señor Svendson?

SVENDSON:

¡Ejem! Sí. No. En cierta forma. Es una visita de negocios.

EL CABALLERO:

Hablábamos sobre el asesinato de la señora Checa, cometido por usted, señor.

EL CLIENTE:

¿Por mí?

LA DAMA:

Sí.

EL CLIENTE:

¡Mentiras! ¡Es una campaña difamatoria! ¡Calumnias!

EL CABALLERO:

¡Qué! ¿Conque usted niega haber cometido el asesinato de la señora Checa?

EL CLIENTE:

¡Claro que lo niego! La señora Checa, quien me fue presentada por unos parientes míos que paraban en su casa, me rogó que me hiciera cargo de su protección. Ante la insistencia de mis parientes accedí y anteayer comencé a protegerla. Fue su última gran alegría en este mundo. Poco después murió pacíficamente en mis brazos. Murió de debilidad senil. ¡Esa es la verdad! Y ustedes y otra gente se han encargado de transformar ese hecho en un asesinato. Mientras tanto, fueron ustedes mismos los que dejaron a la señora Checa en mis manos. Ustedes le fallaron cuando más los necesitaba y así les fallarán a todos sus amigos. ¡Estimado señor Svendson, más vale que piense sobre eso!

LA DAMA:

¿De modo que usted no hizo más que cuidar a la señora Checa?

EL CLIENTE:

¿Y por qué habría de hacerle algo?

*(Se oye un gruñido de hombre lanzado por su estómago).*

EL CABALLERO:

¿Y es capaz de negar que amenaza a todo el que vive a su alcance?

EL CLIENTE:

¡Por supuesto que lo niego! He venido a comprar dieciséis barras de hierro, señor Svendson; pero veo que aquí reina una atmósfera hostil a mí. Lógicamente, no se le puede exigir que venda hierro, cobre, a alguien que se acerca a usted con amenazas. Por eso le voy a preguntar algo y le ruego que medite bien su respuesta: ¿se siente usted amenazado por mí?

SVENDSON:

¿Yo? ¿Cómo me pregunta semejante cosa? ¿Cuántas barras dijo que quería? ¡Ah, sí, dieciséis! ¿Qué si me siento amenazado por usted? Dudo que eso se le pase a alguien por la cabeza. ¿Realmente desea que responda a su pregunta?

EL CABALLERO, LA DAMA Y EL CLIENTE:

¡Sí!

SVENDSON: *(Reúne las barras de hierro):*

Entonces mi respuesta es: NO. No me siento amenazado.

*(La Dama y El Caballero se retiran indignados)*

EL CLIENTE: *(Mientras Svendson limpia las barras con la lista de vecinos que intervendrán en la Liga):*

¡Bravo! Eso es valor. Estoy convencido de que tenemos algo en común, Svendson... Aun cuando usted lo niegue. Se niegan muchas cosas. Entre paréntesis: ¿No podríamos hacer un pacto entre nosotros dos, que amamos la paz por sobre todas las cosas? Podríamos pactar, por ejemplo, que usted puede atacar con barras de hierro a cualquier persona menos a mí, y yo a cualquiera menos a usted.

SVENDSON: (*Con voz ahogada*):

No me gustaría. Mi mejor cliente...

EL CLIENTE:

Pero yo necesito más y mejores metales, señor Svendson. Están urdiendo un complot en contra mía. Quieren tomarme por sorpresa. Todos quieren atacarme, porque no soportan el espectáculo de mi prosperidad. (*Su estómago vuelve a gruñir*): Dicen que yo maté a una vecina. ¡Mentiras! ¡Mentiras! ¿Y sabe lo que encontré en la casa después de su muerte? ¡Pues una barra de hierro! ¡Ella pensaba atacarme! Usted hace bien en mantenerse al margen de todas estas riñas. Usted es un comerciante y no un político, Svendson. Usted vende sus metales a quien se los paga. Y yo se los compro porque usted me agrada y veo que usted vive de su negocio. Porque no está en contra mío y no se deja convencer por mis enemigos. Por eso le compro su hierro. ¿Por qué habría de comprárselo si no? ¡Tiene que mantenerse en buenas relaciones conmigo! ¿Usted me dijo la vez pasada que necesitaba zapatos? ¡Pues aquí tiene sus zapatos! (*Saca a relucir un par de grandes zapatos amarillos*). Esto es exactamente lo que necesita usted, Svendson. Se los puedo dejar muy baratos. ¿Sabe cuánto me costaron?

SVENDSON: (*Con voz débil*):

¿Cuánto?

EL CLIENTE:

Nada ¿Ve? y eso lo favorece, Svendson. Sí, seremos muy buenos amigos, sobre todo cuando nos pongamos de acuerdo sobre el precio del hierro. Pero ya llegaremos a eso, ya llegaremos a eso. Déme una mano con estas barras, Svendson.

*Svendson lo ayuda a cargar las barras. El cliente lleva seis bajo cada brazo y las restantes sobre los hombros. Se retira caminando con dificultad bajo el peso.*

SVENDSON:

¡Hasta pronto!

EL CLIENTE: (*Se vuelve con esfuerzo desde la puerta y sonríe*):  
Hasta muy pronto.

OSCURO

## ESCENA I V

*En el almanaque de la tienda se lee: Año 19??. Svendson se pasea fumando un autillo y calzando los botines de la señora Checa. Repentinamente se oye el tronar de cañones. Svendson, muy inquieto, trata en vano de hablar por teléfono, sin conseguir comunicación. Enciende la radio. Ya no hay transmisiones. Mira por la ventana; se ve resplandor de fuego.*

SVENDSON:

*¡Guerra! (Corre hacia una pizarra de precios, borra apresuradamente con una esponja la cifra 3 y escribe a toda prisa un 4.)*

*Entra El Cliente muy pálido. Lleva algo voluminoso bajo el abrigo. Svendson presta atención al cañoneo).*

SVENDSON:

*¿Sabe usted de dónde viene ese tronar de cañones?*

EL CLIENTE:

*De mi estómago. Voy a buscar comida, ¿sabe? Pero para eso necesito más hierro.*

*(Se abre el abrigo y muestra una metralleta.)*

SVENDSON:

*¡Socorro! ¡Socorro!*

EL CLIENTE:

*¿Cuánto cuesta el hierro?*

SVENDSON: (Vencido):

*Nada.*

TELÓN RÁPIDO

Biblioteca Virtual  
OMEGALFA  
Dicbre.  
2013  
∞